

das ó profanadas, y lo peor de todo era que los fieles, continuamente perseguidos, tentados de mil maneras y privados de toda instruccion, habian cedido insensiblemente al temor ó á los respetos humanos; repetian, por dar gusto á los hereges, sus bufonadas y blasfemias contra nuestras santas prácticas, y, en una palabra, casi no eran cristianos mas que en el nombre. La falta de la fé habia pervertido las costumbres, y como los vicios no tenían el freno de la Religion y de la conciencia, era espantosa la corrupcion.

Este es el campo que tenia que cultivar Regis. Veamos ahora cuál fué su método de vida, en medio de los trabajos inseparables de su ministerio. Persuadido de que es necesario crucificarse á sí mismo para predicar con fruto á Jesus crucificado, nunca interrumpió sus grandes maceraciones. Iba vestido de un áspero cilicio, y llevaba á raiz de la carne una cadena de hierro erizada de puntas que le daba muchas vueltas al cuerpo. Todas las noches se azotaba hasta deprimir sangre. Su cama era la dura tierra, y lo mas que dormia eran tres horas y una ó dos solamente en tiempo de misiones. Su ayuno era continuo, y muchas veces pasaba dias enteros sin comer. Por lo comun se alimentaba con pan y agua, y sus comidas mas delicadas consistian en un poco de leche fria ó en algunas yerbas sin ningun condimento. En las últimas misiones, con el objeto de no ser gravoso á nadie, llevaba á cuestras un saquito de harina, con la cual hacia una especie de papilla sin leche. No probaba el vino, la carne, el pescado ni los huevos. Por mas fatigado que se hallase en las misiones, nunca se le pudo reducir á que tomase un poco de vino para restaurar las fuerzas. En fin, los trabajos que tenia que padecer, y los que él añadia de su propia voluntad, eran tan superiores á las fuerzas de la naturaleza, que, segun el dictámen de todos los que le vieron de cerca, era un milagro el que pudiese vivir.

No es gran cosa la mortificacion del cuerpo si falta la del corazon; pero Regis habia sujetado de tal modo todas sus pasiones, que parecia impassible. No tenían estas mas movimiento que el que las daba el espíritu de Dios. Nunca se le vió irritado, sino cuando trataba de reprimir el desenfreno de costumbres: nunca triste, sino cuando llegaba á su noticia que se habia cometido alguna ofensa de Dios: nunca arrebatado de alegría, sino cuando veia los triunfos de la gracia. Fuera de esto ninguna impresion hacian en él los sucesos prósperos ni adversos, aunque fuesen los mas imprevistos. Nada le alteraban los tratamientos mas injuriosos. Habiéndosele juntado alrededor algunos libertinos, y siguiéndole con grandes silvidos y gritería, hizo el mismo caso que si hubiera sido sordo. El mas insolente de ellos cogió un puñado de lodo y se le tiró á la cara. Sonrióse Regis; sacó el pañuelo, se limpió con mucha serenidad, y continuó su camino como si nada le hubiese sucedido. Tampoco le hacia impresion el temor, aunque le amenazasen con la muerte. Un oficial militar, á quien habia impedido que se realizase el cumplimiento de ciertos deseos menos honestos, le estuvo observando, y hallándose en lugar proporcionado á sus designios, se abalanzó á él, y poniéndole la espada al pecho, le dijo: «ahora morirás á mis manos.» Sin demudarse Regis le pidió que le concediese un momento para pensar en Dios. El asombro que causó al asesino esta serenidad, le dejó inmóvil; y el Santo, despues de una breve oracion, le dijo con semblante placentero: «ahora ya puede usted hacer de mí lo que quiera.» Sin duda quedó enteramente desarmado el oficial. ¿Y quién hubiera podido resistir á aquella impassibilidad sobrehumana? Se arrojó á los pies del Santo, detestando su delito y prometiendo llorarle toda su vida.

Ya se deja conocer cuál fué la abundancia de los frutos de salvacion que cogió un operario evangélico adornado de tales prendas; pero

solo podemos decir en general, que en todos los estados, sexos y condiciones hubo conversiones innumerables, ruidosas, portentosas y casi increíbles. Grandes y pequeños, eclesiásticos y legos, hombres y mugeres, hereges y libertinos, orgullosos y obstinados, todos se atropellaban por oír al Santo, y casi todos iban á llorar sus pecados, postrándose á sus pies luego que bajaba del púlpito. Convirtió á los concubinariós mas escandalosos, á las mugeres de mal vivir, á innumerables hereges, á los dogmatizadores mas acreditados, y lo que acaso era mas difícil, á muchos hugonotes llenos de orgullo y encaprichados con su falsaciencia, que habian luchado con los teólogos mas hábiles, y daban autoridad al calvinismo, ó le sostenian poderosamente con su ilustración, con sus riquezas y con su libertad. En una palabra, hizo que fuesen aquellos pueblos tan firmes en la fé y tan arreglados en las costumbres, que en nada se parecian á lo que fueron antes. Pero ¿con qué método obraba estas maravillas? Su explicacion nos pondrá á la vista todo el carácter del humilde apóstol de los pobres.

Luego que llegaba al lugar de la mision, visitaba á todos los aldeanos; conversaba mas con los pobres, pasaba despues, atravesando montes y rocas, á las habitaciones mas miserables; iba de cabaña en cabaña; penetraba en las cavernas que á muchos les servian de casas, y los convidaba afectuosamente á que se aprovecharen de la bondad del Señor, que iba en busca de ellos, porque sus almas le eran tan preciosas como las de los reyes. En el intervalo de una mision á otra, y especialmente cuando el temporal era tan riguroso que no se podia pasar al lugar de la mision, se entregaba todo á la salvacion de los habitantes que se hallaban dispersos. Nunca le detuvieron los desiertos mas incultos ni los caminos mas horribles y peligrosos. Todas las mañanas salia muy temprano para ir á visitar las gentes del campo que andaban por las selvas y montes.

Algunas veces llovía ó nevaba tanto, y estaban los caminos tan intransitables, que no habia quien se atreviese á salir de casa; pero él no hallaba ningun obstáculo: todo el dia andaba á pie y en ayunas de choza en choza y de aldea en aldea. Iba alegre por caminos llenos de agua; pasaba los torrentes y arroyos; atravesaba selvas y montes; y trepaba por las rocas, esponiéndose á caer en algun precipicio. Solia perderse en aquellos parajes poco frecuentados, y muchas veces se vió precisado á pernoctar en el campo. Un dia que se hallaba en los montes mas altos cayó tanta abundancia de nieve, que no habia ninguna salida, de suerte que no pudo pasar adelante ni volver atrás. Lo único que pudo hacer fué llegar á una mala choza, donde estuvo encerrado tres semanas, sin tener mas que un poco de pan negro para alimentarse y un rinconcillo en que dormir.

Al volver de estos trabajos excesivos le esperaban otros nuevos, pues se hallaba con una multitud de aldeanos que acudian de todas partes para que los instruyese y confesase. Lejos de quejarse de su gran número, de sus instancias importunas, ni de que tardasen demasiado en las confesiones, siempre conservó en medio de aquella gente grosera y desaliñada una igualdad de ánimo, una serenidad de semblante, una complacencia y satisfaccion y un gozo extraordinario. Siempre se vió en Regis una imágen fiel del buen Pastor, recogiendo con cariño la oveja perdida en los montes y precipicios, ó hallando sus delicias, no en la compañía de los primeros ciudadanos de Jerusalem, sino en medio de los habitantes sencillos y de los pescadores groseros de Galilea.

Sin embargo, como es bastante comun humillarse uno á sí mismo y sufrir con impaciencia la humillacion que viene de otros, se necesitaba algo mas que las abyecciones voluntarias para conocer toda la humildad de Regis. Muchas veces se presentaba para ello la

ocasion y no dejaron de aprovecharla la multitud de personas desarregladas á quienes habia turbado en sus desórdenes. El ataque ordinario contra las personas á quienes no se puede acometer por ningun otro lado, es la acusacion de imprudencia, siempre especiosa, aun con respecto á los mismos Santos. Varios calumniadores, que se habian puesto de acuerdo entre sí, fueron un dia á buscar al obispo de Viviers, que estaba visitando su diócesis, al mismo tiempo que Regis continuaba sus misiones en ella y admiraba á todos los buenos. Dijéronle que aquel misionero habia introducido la discordia en todas las familias con su celo indiscreto: que su fogosa elocuencia á nadie perdonaba: que sus sermones eran sátiras é invectivas sangrientas; en una palabra, que era un perturbador, á quien se debia hacer salir de allí sin pérdida de tiempo. El prelado, que estimaba mucho á Regis, no podia resolverse á creer nada de esto. Por otra parte le hacian presente todos los buenos que el Santo no tenia mas enemigos que los que lo eran de la virtud, y que á la verdad declamaba con el celo de un apóstol contra los vicios reinantes, pero en general y con toda la discrecion de la prudencia evangélica. Pero lo que mas impresion hizo al prelado, y la mas sólida apologia del misionero, fué la humildad de Regis, segun resplandece en los Santos. Como los malignos calumniadores iban continuamente á quejarse al obispo, se cansó este de tantas importunaciones; reprendió ásperamente á Regis, y le amenazó diciéndole que le haria salir del pais. Sin culpar á sus enemigos el humilde misionero, ni hablar una palabra para justificarse, parecia por el contrario que confesaba las faltas que se le atribuian, y agradeció al obispo el consejo que le daba. «Bien conozco (dijo) que soy muy culpable en la presencia de Dios. Tampoco dudo que mi poca instruccion me habrá hecho reprehensible á los ojos de los hombres. Pero si mi imprudencia me hace indigno de trabajar en la santificacion

de los demas, procuraré á lo menos santificarme á mí mismo en la soledad y en la penitencia.»

Regis estaba verdaderamente persuadido, y lo manifestaba en todas ocasiones, de que no habia desprecios, ignominias y malos tratamientos que él no mereciese. Muchas veces recibió bofetadas y golpes crueles de los impúdicos á quienes arrebatava el objeto de su pasion. Pero siempre le parecia que le trataban demasiado bien. Cuando se burlaban de él en las conversaciones, tenia complacencia en que los demas se riesen á costa suya. Por lo que hace á los ultrages y á las injurias atroces que no podian faltar á un enemigo tan declarado de los vicios y escándalos, las miraba con tanta indiferencia como si no tuviesen que ver con él. Tampoco le conmovian los vituperios y los malos modales de las personas que debian ser moderadas por razon de su estado. Un superior, ya fuese por preocupacion ó ya por antipatia, le estuvo reprendiendo una larga temporada, en público y privadamente, con mucha aspereza y de un modo muy imperioso; pero siempre recibió las reprehensiones con profundo respeto, y sin proferir ni una sola palabra para disculparse.

No pudiendo persuadirse un compañero suyo de que un hombre no se disculpase cuando se le reprendia sin razon, quiso ver por sí mismo si en efecto llegaba á este punto la humildad de Regis. Le habló á solas, y con todas las apariencias de la persuasion le hizo una porcion de cargos, que ni el genio mas maligno pudiera haberlos inventado. «Muchas gentes (le dijo) creen que tu virtud y tu celo son efecto de una indole insociable y feroz. De aqui es, que por todas partes se levanta la voz contra tu imprudencia, la que en efecto te causa continuos disgustos. Es comun opinion que no puedes vivir en paz, ni dejar que los demas tengan quietud. Tú mismo sabes que están todos escandalizados de que por la singularidad de tu celo no haya para tí horas de

comunidad ni prácticas regulares, y que no puedas acomodarte á estar en casa quieto y sósegado. Aun hay mas: yo sé que algunos sospechan de la pureza de tus costumbres al ver la frecuente comunicacion que tienes con mugeres de mala vida. Quiero creer que tus intenciones son puras; pero es difícil eximirse de la nota de indiscreto. Por lo que á mí toca, estoy admirado de la indiferencia de los superiores. Si yo lo fuera, procederia de otro modo, y pronto te obligaria á mudar de conducta. Créeme: no esperes á que llegue ese caso. Aprovechate de los consejos de un amigo.» Por este estilo le estuvo hablando media hora. Regis le oyó sin interrumpirle ni mostrar la menor alteracion: despues de lo cual dió gracias á su amigo por sus consejos caritativos, y le suplicó que se los continuase y que añadiese á ellos fuertes reprehensiones, «para curarme (decia) de mi orgullo intolerable.» En una palabra, confesando, á lo menos indirectamente, los defectos que no tenia, prometió no omitir diligencia alguna para arreglar mejor su conducta.

Despues de semejantes pruebas de una humildad tan poco comprensible para el comun de los hombres y aun de los justos, no hay prodigios en el orden de la gracia ni en el de la naturaleza que no se hagan fáciles de creer, cuando se dice que los obró un hombre tan desprendido de su propia gloria, y tan fiel en referirlos todos á su primer autor. Digasenos ya que Regis hizo que mudasen de semblante provincias enteras, y que volviese á florecer la fé, la piedad y la perfeccion evangélica en unos lugares en que solo habia cristianos de nombre: que á lo menos desterró de ellos el latrocinio, la usura, la blasfemia, los asesinatos, el concubinato y todos los desórdenes públicos: que mudó en penitentes á los pecadores obstinados: que convirtió en tan gran número á las pecadoras mas abandonadas, que en una sola ciudad formó de ellas una comunidad numerosa de mugeres

penitentes, iguales en pudor, y quizá superiores en delicadeza de conciencia á las vírgenes mas irrepreensibles: que á pesar de su pobreza, de todos los obstáculos imaginables, y con riesgo de su propia vida, halló medios para edificar, sostener y fundar sólidamente esa casa de refugio en Puy de Velai: que en esta ciudad considerable y muy poblada, alimentó á todos los pobres, sin despedir ninguno en cinco ó seis meses de hambre: que el trigo que habia recogido para ellos se multiplicó tres veces: que se multiplicó en la misma mano que le distribuia, y al mismo tiempo que se hacia la distribucion. Sin duda son estos unos milagros portentosos, extraordinarios y casi inauditos aun en el orden de los milagros; pero todos ellos son el cumplimiento de la palabra sagrada del Remunerador magnifico que prometió ensalzar á sus siervos cuanto ellos mas se humillaren á sí mismos.

Regis acabó la vida como la habia pasado, evangelizando á los pobres y á las gentes sencillas del campo. Salió de Puy tres dias antes de Navidad para empezar la mision en la aldea de Louvesc. Era este un viage de siete léguas que le obligaba á atravesar los montes mas altos de Velai, que estaban entonces llenos de nieve y de hielo. Los caminos estaban tan intransitables, que unas veces tenia que romper el hielo para pasar adelante, otras se veia precisado á andar á gatas, otras á trepar por las rocas, á subir por cuevas tan ásperas y resbaladizas, que á cada paso se esponia á caer en horribles precipicios. Perdió el camino, y le cogió la noche en medio de unos bosques. Despues de haber andado errante mucho tiempo, lo mas que pudo hacer fué llegar á una cabaña arruinada, donde pasó lo restante de la noche, sufriendo un frio cruel. Como estaba sudando cuando entró en ella, y luego sintió tan gran frialdad, le acometió una calentura pleurítica.

A pesar del ardor de la calentura y de los dolores muy vehementes que ya esperi-

mentaba, se puso en camino al rayar el alba, y llegó por la mañana á Louvesc, el día antes de Navidad. Ocultó cuidadosamente su mal, y sin embargo de que se estaba muriendo, se fué derecho á la iglesia, donde dió principio á la mision con un discurso en que no se echaba de ver el abatimiento de la naturaleza. En el resto del día y en toda la noche siguiente, no cesó de oír á los que acudían á confesarse. El día de Navidad se sintió peor; sin embargo de lo cual predicó tres veces, y solo faltó del confesonario el tiempo que estuvo en el púlpito. El día siguiente predicó otras tres veces con su acostumbrada vehemencia, y confesó en los intervalos. Despues del tercer sermon quiso volver al confesonario; pero era tal la concurrencia de gentes, y se hallaba tan debilitado, que no pudo abrirse paso. Se puso á confesar en el coro, y como siempre miraba con indiferencia todo lo que era relativo á su persona, se sentó en frente de una vidriera rota. Allí le faltaron enteramente las fuerzas. Le dió una congoja, le llevaron á la casa rectoral, donde se procuró reanimarle: volvió en sí al cabo de un cuarto de hora, y no pudiendo rendirse aquella alma fuerte, confesó todavía á algunos aldeanos que le habian acompañado desde la iglesia. Pero fueron estos sus últimos esfuerzos, pues le dió otra congoja que le obligó á acostarse, y habiendo venido un médico de un pueblo inmediato, le halló en tan mal estado que ya no tenia remedio.

Mejor que nadie lo sabia el santo misionero, el cual tuvo ciencia cierta de que estaba próxima su muerte, y así antes de salir de Puy habia arreglado todas sus cosas, estuvo retirado algun tiempo, é hizo confesion general sin embargo de que su vida habia sido siempre tan inocente como hemos visto. Volvió á confesarse, recibió el Viático y la Estremauncion con el fervor de un serafin, y despues quiso que le dejasen solo para conversar con el Dios que acababa de recibir y á quien muy en breve habia de ver cara á cara.

Pasado algun tiempo le llevaron un caldo sustancioso: dió gracias humildemente por el favor que le hacian, y deseando ser tratado como pobre hasta el fin de su vida, pidió un poco de leche. Solicitó con vivas ansias que le diesen el consuelo de morir en un establo encima de la paja, del mismo modo que habia nacido Jesucristo; y solo se le pudo disuadir de esta idea haciéndole presente, que segun el estado de debilidad en que se hallaba, no podia menos de acarrearle la muerte esta traslacion. Permaneció, pues, con una resignacion perfecta, con una tranquilidad inalterable, el semblante siempre sereno, y el espíritu y la palabra libres hasta el último aliento. Solo salian de su boca y de su corazon oraciones tiernas y afectuosas, jaculatorias á Jesus Crucificado, cuya imagen tenia en las manos y suspiros inflamados con el amor de la patria celestial. Por fin, en la noche del último día del año pareció ver los cielos abiertos; rebosaba en su semblante la alegría interior, y no pudiendo contener el gozo que le enagabab: «¡ah, qué dicha (esclamó) y qué contento muero!» Un momento despues juntó las manos, y clavando los ojos en el cielo, dijo en voz alta y clara: «Jesucristo, Salvador mio, en vuestras manos encomiendo mi alma.» Al acabar estas palabras espiró, como á las doce de la noche del 31 de diciembre de 1640. No tenia mas de cuarenta y cuatro años de edad, y aun es un prodigio que un apóstol tan penitente y un penitente tan apostólico hubiese vivido tanto.

Es otro prodigio, y mayor sin duda alguna, la proporcion, ó por mejor decir la desproporcion entre la duracion de sus trabajos apostólicos y la inmensidad de sus frutos. ¡Tan cierto es que entre las obras de la Omnipotencia, la humildad que se consagra á evangelizar á los pobres es una de las mas milagrosas! ¡Y cuántas otras maravillas tendríamos aun que notar si le acompañásemos hasta el sepulcro, donde parece que el Omnipotente

quiso glorificar á su siervo despues de muerto, con el concurso de los pueblos y con infinitos milagros, tanto como él habia aborrecido la fama mientras vivió!

Pero solo en el gremio de la Iglesia católica es donde se ven hombres tales como Regis. El deseo de hacer participar este admirable privilegio á una gran nacion del Norte, parece que determinó á los doctores de la Sorbona, á pesar de su deplorable extravío, á hacer un esfuerzo para reunir la Iglesia de Rusia á la Iglesia romana.

Habiendo ido á París en 1717 Pedro I, emperador de Rusia, visitó todo lo curioso que encierra esta capital (1). Fué á la Sorbona, y al recorrer la biblioteca con algunos doctores, hicieron estos caer la conversacion sobre la reunion de la iglesia de Rusia á la Iglesia latina, asegurándole que esta reunion no era tan difícil como podia parecer: que la Iglesia griega tendria la libertad de conservar la mayor parte de sus prácticas, y que en cuanto á las cosas de fé, traída la cuestion á su verdadero estado, se aclararia y arreglaria fácilmente. A invitacion de Pedro I, redactaron los doctores una Memoria; y como debian ponerla en sus manos antes de su partida, que estaba muy próxima, se apresuraron á formularla. Despues de haber establecido los puntos de creencia en que se conviene por una y otra parte, venian á los artículos que separaban á las dos Iglesias. «Ningun inconveniente habrá, decian, en que los rusos conserven su disciplina de consagrar con pan fermentado, con tal que reconozcan la validez de la consagracion que se hace con pan sin levadura.» Establecian el primado del Papa como de derecho divino, y procuraban tranquilizar á los rusos sobre el temor que podian tener de que, reconociendo este primado, perdiesen los derechos y los privilegios de su Iglesia. Además, los docto-

(1) Mem. para servir á la Hist. eccles. durante el siglo XVIII, t. 1, p. 127.

res se esplicaban acerca de este punto segun las pretensiones galicanas. Acerca de la procesion del Espiritu Santo, hacian observar que esta no era, por decirlo así, mas que una disputa de palabras. Terminaba su escrito con reflexiones acerca de los males que se siguen de los cismas, y sobre las ventajas que resultarian por una y otra parte de una reunion sincera. Esta Memoria fué firmada por diez y nueve doctores. El autor de este documento era Boursier, uno de los bota-fuegos de la Sorbona en aquel tiempo, y que enredado desgraciadamente en las querellas del jansenismo, consagró á sus miserables controversias los talentos que hubiera podido hacer útiles á la Iglesia. Los demas signatarios eran tambien todos de los apelantes. Pedro I, habiendo recibido su Memoria, dispuso se les respondiese de una manera atenta y cortés. Luego que regresó á sus Estados, comunicó el escrito á los obispos que se hallaban en la corte, y les encargó que contestasen. Estos obispos, que eran tres, estendieron una respuesta fechada en San Petersburgo el 15 de junio de 1718, v. s. ó el 5 del mismo mes, segun nuestra manera de contar. En este escrito no entran en el fondo de la cuestion, pues se contentan con mostrar algun deseo de la reunion, y añaden que no pueden hacer nada sin consultar á los obispos griegos, y principalmente á los cuatro patriarcas de Oriente. Parece que esta respuesta estaba dictada mas bien por deferencia á las intenciones del príncipe, que por un verdadero deseo de cooperar á la reunion. Fué enviada á Luis XV, quien hizo pasar una copia de ella á los doctores. Algunos años despues, y hácia 1721 segun se cree, pareció otra respuesta hecha en San Petersburgo, y firmada por los obispos de la Grande, Pequeña y Blanca Rusia. Tampoco entraban en el fondo de la cuestion; y decian solamente, que no podian hacer nada por no tener patriarca. Esto era efecto de que el emperador acababa de abolir esta dignidad, y habia crea-

do en su lugar un sínodo, encargado de todos los negocios de la Iglesia de Rusia, y compuesto de obispos y de arquimandritas. Pero esto probablemente no era mas que un pretesto, pues se presume que los obispos rusos estaban poco dispuestos á la reunion. Uno de ellos, que fué arzobispo de Novogorod y presidente del sínodo, dicese era el que principalmente se oponia á ella, y hasta se ha creido que él era el autor de un escrito publicado en Jena en 1719 bajo el nombre de Buddeo, teólogo protestante, en el cual se pretendia probar que la union de las dos iglesias era imposible. Sea de esto lo que se quiera, el asunto se quedó así. Dios no permitió que tuviese buen éxito por conducto de los jansenistas, á quienes no les daba el aire para hablar de paz y de union. Pedro I, ocupado en negocios políticos, perdió de vista este proyecto, y tal vez nunca pensó en él seriamente. Levesque en su *Historia de Rusia* refiere que Pedro, á su vuelta á sus Estados, lejos de favorecer la reunion, quiso poner á la Santa Sede en ridiculo, pues creó Papa á un loco llamado Zotof, le dió cardenales, le hizo marchar en procesion grotescamente vestido, y divirtió á sus súbditos con esta mascarada tan poco ingeniosa como indecente. Además, Javorski, arzobispo de Resan, en quien tenia confianza para las materias de la Religion, compuso una obra intitulada *Petra fidei*, en la que representaba la reunion como imposible, refutando al mismo tiempo muchas aserciones de Buddeo contra la iglesia rusa.

Clemente XI habia hecho tambien algunas tentativas para esta reunion tan deseada. Querria enviar misioneros á Rusia, para atraer al menos á la unidad los particulares que pudiesen hallarse dispuestos á ello; mas no parece que este proyecto se llevase á efecto.

Los doctores de la Sorbona, que siempre habian esperado una respuesta detallada á su Memoria de 1717, creyeron hallar despues una ocasion favorable de renovar este nego-

cio. Jubé, cura de Asnieres, partia para la Rusia en calidad de capellan y de preceptor de los hijos de la princesa Dolgorouki, de la familia Gallitzin. Doce doctores, casi todos del número de los que habian firmado la Memoria de 1717, firmaron otra acta con fecha 24 de junio de 1728. Esto era como una credencial que dirigian á Jubé, encargándole el negociar este asunto con los obispos de Rusia; y en ella daban nuevas razones para la reunion. Estos nuevos pasos no fueron mas felices que los precedentes. En vano Jubé, jansenista no menos celoso que sus comitentes, habia tenido cuidado de tomar poderes muy amplios del arzobispo Barchman, que verosimilmente tenia por mejores que los de la corte romana; es decir, que se dirigia á un cismático para convertir á otros cismáticos. Su mision no tuvo ningun éxito. Llegado á Rusia se dice que halló grandes auxilios en el crédito de Dolgorouki y en el afecto que le manifestaba el embajador de España. Algunos obispos se mostraron bien intencionados; pero el arzobispo de Novogorod, presidente del sínodo, y muy acreditado en la corte, tenia disposiciones enteramente contrarias. Tal era el estado de las cosas, cuando sucedió una revolucion que hizo desvanecerse todos estos proyectos. Habiendo muerto el czar Pedro II, le sucedió Ana como emperatriz. Los Dolgoroukis cayeron en desgracia. La protectora de Jubé, despues de muy malos tratamientos, volvió á abrazar la religion del pais. Los obispos con quienes se contaba fueron desterrados ó depuestos, y el mismo Jubé, obligado á huir, se volvió á Francia. Tal fué el resultado de su tentativa. Es dudoso que esta hubiera sido tan ventajosa á la Iglesia como era de desear; y su Relacion, en que se queja de que la corte de Roma no hubiese favorecido los esfuerzos de Jubé, no debiera hallar esto extraño. Era natural que la Santa Sede tomase poca parte en los esfuerzos de unos sectarios que estaban en rebelion contra ella, y que

aun antes de conseguir nada, se proponian atraer los rusos á su partido.

La Religion católica gozaba en Inglaterra aun de mucho menos favor que el que obtenia en Rusia. Desde la reforma no habia en ella reinado que no viese añadir para con los católicos nuevos rigores á los antiguos. La misma Ana cedió en este punto al espíritu general de su nacion.

A la muerte de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange y estatuder de Holanda, habian puesto los ingleses la corona sobre la cabeza de la princesa Ana Estuard, hija segunda de un príncipe, cuyo asilo habia sido la Francia, asi como el de tantos otros ilustres desgraciados. En el fondo los católicos no debian ser odiosos á esta princesa, y ella no podia menos de admirar su adhesion á su familia. Sin embargo, se cuentan pocos años de su reinado, en los que no hubiese tomado algunas medidas contra ellos. En 1702 se publicó un decreto declarando culpable de alta traicion al pretendiente, y se prescribió una fórmula de abjuracion. Al fin de la legislatura de 1702, Stratfort, obispo de Chester, se habia lamentado vivamente en la Cámara de los pares de los progresos del papismo. Esta era la cantinela ordinaria cuando se querian provocar actos de severidad. En consecuencia se espidió un decreto con cláusulas que hacian aun mas rigurosa el acta de 1699. En el duodécimo año del reinado de Ana, hubo nuevas quejas que no eran mas fundadas que las precedentes. Otro decreto declaró á los católicos incapaces de presentar sugetos para los beneficios, y sus derechos en este punto fueron trasferidos á las universidades (1).

Pero en Irlanda era donde sobre todo se desplegaba con menos miramiento la animosidad de los protestantes contra los católicos (2).

(1) *Mem. para servir á la Hist. Ecl. del siglo XV/II, t. 1, p. 134.*

(2) *Ib. t. 1, p. 134 y 135.*

En 1703 espidió el Parlamento de este pais un decreto que añadia disposiciones severas á los acuerdos anteriores; pues en él se restringia el permiso de residir en la isla á un corto número de curas, á quienes se sujetaba á una porcion de formalidades, cuya menor omision bastaba para hacerlos culpables; se prohibia poner el pie en la isla á todo otro sacerdote, y á todo el mundo el recogerlos y asistirlos; se trastornaban para los católicos todas las leyes existentes; se admitia entre ellos á los segundones al derecho de heredar por mitad con los mayores, á menos que estos no lo evitasen haciéndose protestantes. El hijo nacido de padres católicos que renunciaba á esta Religion, estaba autorizado para intimar á sus padres que declarasen bajo juramento el capital de sus bienes, y el canciller le asignaba la tercera parte de ese capital para su subsistencia, hasta la muerte de sus padres. Una facilidad semejante se concedia á las mujeres para separarse de sus maridos abrazando la reforma. Los padres católicos eran escluidos de la tutela de sus hijos menores y se debia darles tutores protestantes. Todo católico era privado de la sucesion de un protestante, cualquiera que fuese el derecho que á ella tuviese. No podia adquirir bienes raíces, ni gozar de pension, ni de renta alguna vitalicia, ni ejercer ninguna funcion del foro. Le estaba prohibido llevar espada ó cualquier otra arma, y tener caballos que no fuesen de un vil precio. Todos estos artículos estaban acompañados de circunstancias agravantes. Asi se trastornaban todas las leyes naturales y sociales y se introducía en las familias la discordia, la desconfianza y la confusion.

En 1710 triunfaba la Inglaterra en todas partes (1), y pareció esta una ocasion favorable para descargar los últimos golpes obre los católicos. Se inventó, pues, el juramento de abjuracion, que consistia, no solo en jurar mantener la nueva forma de gobierno, sino tambien

(1) *Memoria para servir á la Hist. Ecl. del siglo XVII, t. 1, p. 135 á 138.*